



José Antonio Vizárraga Lázaro

Nací en Calamocha en marzo del 55 del siglo pasado. Me gusta escribir, pero no siempre encuentro la voluntad necesaria. Mira Editores me publicó una novela (*El origen del frío*) hace tres años, y hace más, la DPZ había hecho lo mismo con algunos de mis relatos. Desde hace tres años y medio estoy dirigiendo la publicación de *El Comarcal del Jiloca* que se edita quincenalmente en estas tierras. Me dedico, además, a hacer vídeos de encargo, tanto documentales como publicitarios, en Zaragoza, y también coordino y dirijo la confección de diferentes tipos de cederrón para ordenador. Todo lo que tenga que ver con la comunicación es mi mundo desde hace tiempo y confío en que lo siga siendo. Es bueno trabajar en lo que a uno le gusta.

Estamos en paz

José Antonio Vizárraga Lázaro

El cielo tiene color esta madrugada. No es precisamente negro el aspecto que ofrece el fondo de la calle, entre las casas, ni destacan puntos brillantes como si fueran estrellas. Lo que hay es una mancha marrón y naranja, trazada de golpe por una pincelada única, y parece, eso sí, que tras los últimos rasgos de las líneas está la luz, aunque muy lejana, tenue y como rebotada sobre una superficie helada de un color amarillo intenso.

Andrés Hurtado Caparrós, de treinta y cinco años, trata de ir más rápido de lo que sus pies le permiten, camina tambaleándose y lleva la mano derecha sujetando su brazo izquierdo. Cada tres o cuatro pasos, se vuelve y mira hacia atrás.

Son cerca de las seis y apenas hay gente en la calle. Andrés Hurtado, que había sido fresador en un pequeño taller de las afueras de la ciudad, ha conseguido escapar de la explosión con un brazo partido y una profunda herida en el muslo derecho. En la retina de sus ojos están aún las llamas de los vehículos ardiendo en mitad de la plaza, y los gritos que vinieron de las ventanas resuenan en sus oídos junto al silbido de las balas de aquella mañana maldita, todavía tan presente.

Al doblar una esquina, gira la cabeza y comprueba que no lo siguen. Vuelve a mirar al frente arrastrando la pierna y ve que una agente de la policía, morena y de unos treinta años, viene hacia él con su arma en la mano. Se asusta, pero le bastan unos segundos para entender que la mujer no ha reparado en él, sino que corre para hacer su trabajo. Trata como puede de recomponer su imagen y de paralizar el temblor de sus piernas. “Apártese”, grita la joven. Y Andrés Hurtado se apoya en la pared fingiendo sobresalto y ocultando con él la expresión del dolor en su rostro. La policía continua hacia la calle por la que ha venido él y desaparece. Andrés se queda todavía un instante recostado en la pared. Pero cuando intenta proseguir su marcha le parece que ella retrocede hacia la esquina en su busca. Y no tiene tiempo de asegurar sus pensamientos porque, en efecto, esa mujer está allí, encañonándole por la espalda. “Alto”, oye que le grita.

Andrés Hurtado agarra entonces la culata de su pistola con la mano derecha, la saca del pantalón, donde la esconde cubierta por la chaqueta, y se vuelve hacia ella.

Rosario Narváez Ruiz, que ingresó en el cuerpo de la policía tres meses antes, está a punto de disparar al que hubiera sido su marido. Tiembla antes de apretar el gatillo. Pero recuerda que en su aprendizaje le hablaron de la fatalidad de la duda y cierra los ojos y vacía el cargador. Todos los disparos resultan fallidos menos el último, que consigue atravesar el pecho de Andrés por su lado izquierdo, y Rosario abre los ojos al escuchar su quejido. Lo que ve, sin embargo, es que Andrés se ha adelantado unos pasos con una mano en la herida y con su pierna inútil, y que lo tiene a dos metros con la pistola en alto.

Ahora es él, Andrés Hurtado, obrero cualificado del metal en paro, el que tiene la ocasión de matar a la que hubiera sido su compañera para toda su vida. La mira durante un instante a los ojos y le dispara luego cerca del corazón. Rosario suelta el arma y se lleva la mano a la herida. Siente un fuerte ardor y mana sangre roja y cálida a borbotones entre sus dedos. Cae hacia atrás, la mirada diluida en lágrimas.

El cielo tiene color aún, pero el relámpago de ese momento no se refleja en los charcos recientes del asfalto. Andrés se acerca a ella apuntándole con su arma. La mira, y allí de pie, incrédulo aún, le dice: “Puedo quererte tanto”. Después le dispara por segunda vez en el pecho y por última en la frente, entre los ojos.

La cabeza de Rosario sufre un espasmo, pero el orificio ha sido limpio y Andrés Hurtado se abalanza hacia él penetrándolo.

Bandadas de sapos salvajes salpican las charcas cenagosas de su memoria. El agua del manantial desciende mansa hacia un arroyo cercano al amanecer. Chopos altísimos brindan con las nubes arremolinadas en copos. Los rebaños pastan en soledad en praderas húmedas. La luz comienza ahí. El vidrio de las ventanas de la casa brilla en amarillo junto al horizonte. Restos de su pasado giran en un torbellino azul entre pedazos de recuerdos rotos y hojas de la higuera. El columpio solitario se balancea amarrado a sus ramas y su sombra se proyecta en la cocina como un péndulo sobre la mesa. Una onza de mantequilla se derrite en el olor del café bajo el primer rayo de sol. Huele a harina y a pan, a miel y a leña seca, a buñuelos, a leche hirviendo y a torrijas. Hay unas gafas abandonadas encima de un libro abierto, cerca de un viejo sillón. En su respaldo, todavía está la marca de un cuerpo reciente.

Sobre la mesita del rincón, permanece encendida una lámpara entre diminutas partículas de polvo amarillo. Pero Andrés no puede quedarse y busca la salida.

Fuera, de rodillas frente a sus labios, la reanima con un beso interminable y la carga sobre sus hombros hacia el bar. Ha dejado su pistola en la acera y cogido la de ella con más balas para ponerla de nuevo en el cinturón. De la calle vecina vienen los aullidos de las sirenas de las ambulancias que pasan hacia la plaza. Algunos resplandores amarillos rebotan en la espalda ensangrentada de Rosario, pero su corazón palpita. El trayecto es largo y penoso para Andrés, que tiene que caminar con ella además de arrastrar su pierna y contener la hemorragia en la herida del pecho, cada vez más abierta por el peso de su amada. Lleva puestas unas botas de montaña y pisa en los charcos con rabia, cruzando las calles por las zonas oscuras, donde no llega la luz de las farolas.

Hay una anciana en la otra acera apoyada en un bastón. Está dándole migas a las palomas imaginadas. “Llévala con cuidado –le dice–. Es más frágil que tú”. Andrés no conoce los motivos de su presencia, pero entiende que la anciana tiene que estar ahí.

El bar forma parte de una gasolinera, a la salida de la ciudad. Andrés ha quedado con su cómplice, que traerá un coche, pero cuando entra no ve a nadie conocido. Hay tres hombres en la barra y uno más sentado a una mesa. La tortilla de patata está recién hecha porque es habitual que los camioneros aprovechen para comer algo mientras llenan de combustible los depósitos de sus máquinas. Andrés se acerca a la barra sin decir palabra y deja a Rosario sobre un taburete contra la pared. Encañona luego a los que están allí y les dispara a bocajarro una sola bala certera a cada uno, incluido el dueño. Vuelve a guardar la pistola y supera la barra de un salto para servirse una cerveza. Su pecho mejora, su pierna recobra la fuerza. Rosario lo mira. El color ha vuelto también a sus mejillas y una pizca de luz, aunque todavía escasa, alumbraba el fondo negro de sus ojos de mujer. Andrés se acerca al plato de tortilla. Algunos empleados se asoman desde fuera y Andrés vuelve a saltar hacia la puerta. “Tenemos que irnos”, dice.

De la noche, al otro lado de las luces de neón, viene un Renault Laguna con matrícula de Granada. Se lleva por delante al empleado más joven de la gasolinera, derrapa y frena a diez metros de Andrés y de Rosario. El vehículo del tercer surtidor arranca dejando la manguera suelta y la gasolina saliendo a chorro. Los empleados se tiran al suelo para camuflarse, pero en realidad se diluyen como manchas de leche en la superficie de un lago. Eusebio Hurtado García tiene más de cincuenta años y es la

viva encarnación de una existencia agotada. Sale del automóvil de Granada con una escopeta de cañones recortados. Apunta y les dispara un tiro en el vientre a cada uno. Andrés y Rosario caen. Eusebio Hurtado se acerca entonces hacia ellos y la emprende a patadas con Andrés. Le grita: “¡Sucio cabrón, traidor, vendido! ¡Eres un desdichado romántico y un cerdo!”. Le escupe en la cara antes de girarse para regresar al coche. Andrés saca entonces su arma del cinturón y le descarga en la espalda dos tiros de muerte. Se incorpora y se acerca a Rosario. La mujer yace en el suelo hecha un ovillo de dolor. “Amada mía –le dice–. ¡Qué dolorosa es la incompreensión ante la hermosura! Pero tu dolor será mi dolor y mi fe será la tuya”. Y tira de ella arrastrándola hacia el coche.

Está amaneciendo en la ciudad y algunos destellos del alba han dejado su tamiz de luz anaranjada en el asfalto. La carretera conduce hacia Teruel y Castellón. Los ojos de Andrés permanecen fijos en la calzada. Un hilo débil de sangre empapa aún el sudor de sus ingles y la tapicería de su asiento. Pero cesa pronto. Rosario dormita junto a él con toda la luz del amanecer en su rostro y los nubarrones grises de la tormenta. Los vehículos circulan con los faros encendidos y en las cercanías del río, en el valle, los bancos de niebla susurran frases heladas de amor. Locutores de radio desgranán las primeras informaciones del suceso y aventuran la posibilidad de un atentado y de un secuestro. Andrés sonríe mientras adelanta a un trailer de dos remolques que viene de Alemania. El desvío está cerca.

Albalate del Arzobispo, Alcorisa, Andorra, el Maestrazgo turolense. Castellote, Mirambel, Cantavieja. El silencio en sus sierras. Grupos de doncellas danzan entre sedas blancas y rosas. Arrecia la lluvia bajo los párpados inquietos de Rosario. Está mirando su boda tras los cristales de una vidriera morisca. “Seremos un matrimonio”, murmura antes de descansar. Moros, cristianos, carlistas, liberales, requetés y maquis deambulan por las calles que suben a la plaza. Sus nervios los han delatado y trañinan cubos de agua entre las manos formando una cadena. La niña está triste porque su hermana arde en la hoguera y detrás de las arcadas antiguas adivina el morbo de los ojos culpables. Pero la fiesta continua. Suena la música de los titiriteros y arlequines y los ensogadores se preparan para encender la brea en las astas de los toros. El viento agita las ventanas y las golpea. Saltan en añicos vidrios de colores y los libracos de las mesas abanicán sus páginas espolvoreando los tintes de las reproducciones miniadas. “*Cabalga la noche en su yegua sombría*”, cree leer Rosario abandonada en un rincón de estiércol y pisoteada por una multitud despavorida que huye del animal de fuego. Alguien tira de ella para esconderla en la oscuridad de un patio empedrado y frío. Desde la puerta cercana, vienen

camilleros portando enfermos desnutridos, mancos, tullidos, con las piernas quebradas sufriendo, abierto el vientre o el pecho ensangrentado, alargando sus manos sin dedos y sus muñones negros hacia la piedad de su mirada ¡Y es el espacio tan estrecho y tan difícil para ella mantener los ojos cerrados! “Ven, amada mía”, cree oír Rosario antes de despertar. “Ven para que te curen”.

Andrés la saca del coche y la toma en brazos para trasladarla por calles estrechas hasta la casa del médico amigo. Varios puntos de sutura cierran su herida después de que las manos de Julián Santos Sanromán han vuelto a poner en su sitio los centímetros de intestino que salían del boquete abierto por la munición. Andrés, a su lado, sujeta su mano y sostiene su mirada. “Podéis descansar aquí”, dice Julián. Ellos aceptan y suben para dormir bajo sábanas de estrellas. La vigilia de la luna guarda su sueño y protege la intimidad de su amor y, cuando al amanecer el sol dibuja en amarillo sobre el techo el contorno de la ventana, Andrés la mira y le dice: “Me llamo Andrés”. “Y yo Rosario”, añade ella. Más tarde, todavía en cama, oyen gritos en la calle y algarabía de pisadas. Varios vehículos se detienen frente a la puerta y una docena de miembros de la guardia civil ponen pie en tierra para entrar en la casa. La traición se cebó anoche en la agonía de Julián Santos y, arrepentido ahora, lloriquea en la cocina sobre la mesa con un profundo desconsuelo. El sargento ordena que se lo lleven y envía varios guardias hacia las escaleras. Derriban la puerta del dormitorio, pero Andrés y Rosario ya no están. Han salido por la ventana y alcanzado el tejado y huyen ahora por las terrazas. Algunos guardias abren fuego sobre ellos sin fortuna. Son dos siluetas furtivas casi transparentes, dos figuras de nácar contra las tejas rojizas y pardas. Andrés repele la agresión protegido tras una chimenea. Abajo hay un corral y Rosario llama su atención para saltar hacia él. “Ve tú delante”, contesta Andrés mientras recarga el arma. Un par de cerdas hermosas hozan entre los desperdicios de las gallinas en mitad del alboroto. Rosario salta y lo espera. Andrés se abre paso a tiros desde la chimenea y cae junto a ella.

Desde el corral, pasan a la casa vacía forzando la puerta. De la casa, a la calle, y en la calle, corren hacia el coche y salen hacia la plaza Mayor, y de ahí, hundiendo el acelerador a fondo, a la carretera. Los guardias suben a sus furgones y arrancan en su busca.

Rosario se incorpora y mira hacia atrás. “Déjame tu arma”, le dice. La coge y salta al asiento trasero para romper el cristal. Retira los trozos de vidrio con la mano y comprueba el cargador de la pistola. Hay montones de nieve sucia en las cunetas, algunos pinos tienen amasijos blancos entre sus hojas y, de los tallos secos de las acacias, cuelgan ramas de hielo. “Mátalos a todos”, dice Andrés. Rosario

apunta a los neumáticos del primer furgón y dispara. La carretera es estrecha. El vehículo traza un giro brusco hacia su izquierda, vuelca, salta sobre sí mismo arrojando fuera a uno de los guardias y se lanza contra el asfalto, en varias volteretas, hasta quedar sobre su propio techo resbalando. El que iba detrás trata de evitarlo, pero se precipita más allá del arcén entre dos pinos. El polvo de la nieve salpica su caída al vacío. Se escuchan los gritos de los guardias y los golpes secos del metal contra las rocas. Andrés pisa el freno y Rosario baja del coche con el arma entre las manos. Del furgón tumbado panza arriba, sale uno de los guardias gateando y al ver a Rosario trata de encañonarla. Pero Rosario sujeta firme su pistola y le dispara dos tiros en el mismo ojo. En el primero, el guardia, de rodillas, rebota hacia atrás soltando el fusil. Intenta incorporarse enseguida, tanteando el suelo para buscar el rifle, pero recibe el segundo que termina con su vida para siempre. Rosario se acerca luego al que salió despedido, apoyado sobre sus codos en el asfalto con la pierna rota. “No te conozco. Tú no eres de aquí”, le dice el guardia. Y Rosario le acerca el arma a la cara y se la destroza de un disparo. Se oye un chirrido como de goma seca y huele a quemado. Una de las ruedas del furgón volcado está girando aún y Rosario, manchándose la mano de barro, la detiene antes de agacharse para comprobar el estado del conductor y de los que quedan dentro. Los ve desmayados o muertos, sangrando por la nariz alguno o por la boca. Les mete una bala en la cabeza a cada uno y viene hacia el coche. Se limpia las manchas rojas de la frente con la manga.

Hay un rumor sordo de cuervos en el aire y el cielo permanece cubierto. Andrés ha bajado a presenciar la muerte de los que cayeron al barranco. La encuentra, cuando sube, sentada sobre el capó cambiando el cargador. “Abajo hay un pueblo pequeño. Nos casaremos ahí”, le dice. “Guárdala”, contesta ella entregándole la pistola. Y añade: “Vamos a tener un hijo. La boda no nos hará falta”.

Se tumba sobre el asfalto Rosario y abre las piernas. Andrés se arrodilla ante ella guardándose el arma en el cinto. Le dice: “Empuja. Yo te ayudo”. Ella se dobla por la cintura para agarrarse a los hombros de Andrés y expulsa todo lo que lleva dentro, después de tantos años.

Al hijo, que no ha sido hijo sino hija, lo limpian recostándolo sobre la nieve. Andrés la cubre con su chaqueta y la lleva al asiento trasero del coche para ponerla en los brazos de Rosario, que lo mira. Le quita el cigarro de los labios y lo comparte con ella. “Se llamará como tú”, le dice. Luego cierra la puerta, se sienta frente al volante, enciende el motor y bajan los tres hacia el pueblo.

Detrás, queda humeante el furgón volcado de los guardias con las tripas al descubierto. En la pupila negra y muerta del que Rosario dejó tuerto, desaparece el reflejo del coche al trazar la última curva. “Queremos alquilar una casa”, le dice Andrés a la dueña del estanco. “¿Qué tiempo tiene?”, pregunta la señora a Rosario, abriendo un poco la solapa de la chaqueta con la que abrigan a la niña. “Se llama como yo”, dice Rosario mirando a su marido. Andrés la mira y le sonrío, llevándose a los labios el mejor puro de la tienda.

Rafaela Caparrós Martín sólo hace un año que tiene el estanco. Guarda también ovejas en la masía y vive como puede con sus dos hijos. En los inviernos, amasan pan con harina de trigo y reparten calostros entre las casas del pueblo. Está la masía apartada, aunque puede verse desde la torre de la iglesia, cuenta Rafaela, porque a su marido se lo mataron los guardias por maqui. Sucedió aquello en el final de los cincuenta, pero todo este tiempo no ha bastado para que la gente los vea como vecinos normales y todavía les quedan muchos veranos esquivos en el valle hasta que les desaparezca el peligroso olor de los montes. “La pólvora huele fuerte”, dice Andrés. Rosario viene de dentro con la niña en brazos. “No tengo leche –dice–. Por eso llora”.

Rafaela Caparrós tira de la mano de Rosario y cruza la calle con ella para llamar a la puerta de enfrente. “¡Adela! Abre”. Enseguida baja una mujer alta con un delantal y una blusa con el escote ajustado sobre dos tetas enormes. “Esta es Adela –dice la del estanco–. Está criando”. Suben las tres con la niña al cuarto de arriba. Hay una cuna allí y un bebé rollizo y rosa. “Póntela, a ver si quiere”. La pequeña Rosario tiene las manos redondas y las uñas de cristal. Manotea en la teta de Adela con la palma extendida. “Serán hermanos de leche”, dice Rafaela. “Como Ramón y tú”. Rosario está mirando por la ventana porque parece que va a llover.

Andrés está abajo, apoyado en el quicio de la puerta con el puro en la boca, saludando a los que pasan. Bajan las tres con la niña y se miran. Desde la plaza, viene el sonido de las herraduras contra las piedras. Tres yeguas solas cruzan hasta el abrevadero. “Vayan donde les he dicho y digan que les mando yo”, dice Rafaela Caparrós. Andrés pasa el brazo derecho por la espalda de Rosario y, con la mano izquierda, palpa la culata de la pistola. “Vamos –dice–. Le ayudaré con las ovejas para vivir”.

El hijo menor de Rafaela Caparrós se llama Andrés, como Andrés, y es un buen amigo suyo, aunque se llevan años. Juntos arremolinan a las ovejas por los montes y, al anochecer, las encierran juntos sin perder ninguna. Andrés habla poco, pero es un joven que sabe escuchar. El Andrés adulto tampoco es

hombre de palabras, pero muchas veces cuando meriendan le cuenta cosas de la política y de otras cosas frívolas, de las que dice Andrés que Andrés entiende. Otras veces, se quedan los dos callados y miran la línea del horizonte, por encima de Mosqueruela. Y algunas, por la noche, cuando regresan, ven venir a la pequeña Rosario, que ya no es tan pequeña, montada en una bicicleta mayor que ella, balanceando su cuerpo a izquierda y derecha para llegar a los pedales. Esas noches, Andrés regresa solo con las ovejas porque el otro Andrés sube a su hija en la barra de la bici y se van juntos a casa, silbando por los campos melodías olvidadas.

El cumpleaños de María, hermana mayor de Andrés y más parlanchina que él, no se ha celebrado desde que su madre se hiciera cargo del estanco. Hoy, un día cualquiera del mes de abril, Rosario viene desde el pueblo en la bicicleta, con Rosarito en la barra y una tarta de mermelada en una caja de cartón que lleva la niña en sus brazos. Han puesto la mesa en la puerta de la masía y, al caer la tarde en el fondo del valle, María Senante Caparrós, hija del último maqui de aquellas tierras, está disparando cartuchos de posta junto a su hermano contra las piñas secas. Los demás terminan la tarta sentados. Andrés se muestra satisfecho porque al contar con más brazos pueden cuidar más ovejas y han aumentado su renta.

Más tarde, oyen el motor de un coche que se acerca por el camino levantando el polvo. El que baja del auto al llegar es Damián Fortea Lázaro, adinerado ganadero de la comarca y dueño de la mayoría de las cabezas que allí se guardan. “Ven detrás conmigo”, le dice a Andrés, que se levanta de la mesa tratando de contener el recelo en las miradas de Rosario y Rafaela, y lo sigue. “Las cosas son así, chico –dice Fortea, el ganadero–. He vendido el rebaño a uno de Castellón. Dice que puede guardar las ovejas en su casa, él con sus hermanos. Tendréis que dejar la masía”. Hay un silencio brusco en sus labios recios y en la garganta de Andrés, que traga saliva. “Las cosas son así. Tendréis que buscar otro trabajo”, termina diciendo Damián Fortea, con las manos en los bolsillos, mientras escupe al suelo y mira los ojos de Andrés para ver lo que ve. Pero Andrés hace tiempo que dejó de buscar nada que no tenga dentro y no tiene necesidad de rebuscar en su interior para que le salga el pronto y notar que la sangre se le sube a la cabeza. Va donde María y le agarra la escopeta abriéndola por el camino para meterle dos cartuchos nuevos. Damián Fortea se gira antes de llegar al coche al oírlo, pero Andrés le pone los cañones en la barriga y le saca las tripas de un tiro con los dos gatillos. “¡Andrés! –grita–. Saca el rebaño fuera”. Coge al ganadero por los tobillos, lo arrastra hasta la cuadra y allí cava

una fosa y lo entierra. Vuelven a meter las ovejas y cierran la puerta. “Tú –le dice a Rosario–. Cubre esa sangre y arregla a la niña”. Pasa luego cerca de Rafaela y antes de entrar se detiene. “Mañana iré pronto al banco. Les darás a cada uno de tus hijos una parte de lo que te dé a ti para que se vayan lejos. Tú puedes hacer lo que quieras”. Le dice esto a la estanquera y se mete dentro. Rosario entra después con la niña. Andrés la espera en la cocina y le pide perdón por haberla tratado antes como a un miserable subalterno. “Bésame y calla”, le dice ella. Ya de noche, sólo queda fuera la mesa, el mantel colgando de sus extremos, la luna blanca, las sillas desordenadas alrededor, algunos pedazos de tarta en los platos, los balidos de las ovejas, los vasos, el viento, algunas manchas...

Por la mañana, Andrés espera en el Renault Laguna con matrícula de Granada frente al banco. Es una oficina pequeña, con sólo dos empleados. Cuando llega el jefe, sale Andrés con la escopeta al descubierto, cruza la calle y entra. “No pasará nada si me das todo lo que tienes”, le dice al director mintiendo.

La guardia civil del pueblo tiene costumbre de empezar la ronda temprano. Entran dos en la oficina desde el bar, todavía con aliento a café. Andrés se gira y, sin mediar palabra, les dispara un tiro a cada uno en el corazón. Abre la escopeta y la recarga. “Lo mismo me da dos que cuatro –dice–. Date prisa”. Recoge sus ametralladoras y se las cuelga del hombro con munición nueva. El director saca de la caja los fajos de billetes y los pone en la bolsa de Andrés. “¿Tienes hijos?”, pregunta. “Dos”, contesta el jefe llorando. Su empleado es joven y no llora. “¿Y tú?”, le dice Andrés. “No estoy casado”. “Mejor. Nadie sufrirá por ti”.

Un perro de caza fuera, un cruce raro entre pointer y otro, sacude las orejas al oír el disparo. Sale Andrés y el perro ladra, estira las piernas, mueve el rabo olisqueando la presa. Andrés entra en el coche y sale hacia la carretera.

En el desvío hacia Fortanete, lo esperan los demás con el auto del ganadero. Andrés sale, reparte el dinero y le dice a Rosario que vaya dentro con la niña. Rafaela y sus hijos entran en el coche de Fortea con su parte. “Podéis escapar con esto o regresar al pueblo y devolverlo –dice Andrés desde la ventanilla–. Una vida no es lo mismo que la otra. Vosotros veréis”. Vuelve al coche y lo arranca. Rosario sonrío y agita la mano de la niña para despedirse. Arriba está el puerto desde el que se puede tocar a Dios.

Al llegar a la laguna de Gallocanta es ya de noche. Han asfaltado un camino estrecho entre las carras-cas. La luna brilla en el agua. Casi todas la grullas duermen. Las piedras tienen agujeros por las heladas y redondas por el tiempo las aristas. “Trabajaremos ahí”, dice Andrés señalando la silueta de un edificio en construcción.

Es una casa que será un albergue. Tiene el tejado amplio y en pendiente, de pizarra, para que resbalen las nevadas. Entran por la puerta de atrás y suben al primer piso. No hay cristales en las ventanas, ni camas, ni colchones. Han levantado plataformas de yeso y ladrillo como jergones y acuestan allí a la niña. Ellos van al cuarto contiguo. Se ve la laguna desde la terraza. Rosario mira el surco de luna en el agua. Andrés apoya la cabeza en su hombro. “Descansa ahora”, le dice ella.

La dulzura de las miradas está en el aire y el viento lleva el olor del jabón fresco entre las piernas. Hay un sol reciente en la cima de la mañana. El camino conduce hacia la fuente y en la pátina de las uvas brillan las botas y las mochilas, la humedad de los cabellos, los saltos, las faldas, las risas. El cielo no tiene nubes. Las montañas lejanas no son el último horizonte. Azul es el color de la vida. Cantan las chicharras. El calor atasca las gargantas. Se bañan desnudos en los ríos antes de la siesta. Sus ojos son grandes y negros. Pero no lo besa. Sólo se acerca. El mejor amigo fuma un cigarro prohibido a la sombra mientras vigila. Amalia tiene la piel morena. Huele como la miel de las flores, como los pinos, hay un océano de oxígeno en sus mejillas. Le tiemblan los labios. Tallos de fina hierba acarician de cerca la pasión de sus ingles. Porque todo lo que hay que hacer es descansar y esperar a que pase el tiempo. Rosario lo sabe, lo está viendo ahora en los ojos de Andrés. Aunque tiene los párpados echados, lo ve, pero no puede quedarse allí.

Se acerca al final de la terraza para mirar la salida del sol. Hay dos hombres abajo conversando. Uno tiene un periódico entre las manos. “Son ellos. Seguro”, le dice al otro. Rosario vuelve con Andrés y lo encuentra ya de pie, comprobando el cargador de la ametralladora. Se la cuelga al hombro, carga la pistola y baja. Les dispara un tiro en la frente a cada uno y ojea el periódico. Hay una foto de media página en la primera. Están sus rostros, sus edades, sus nombres, los detalles de su huida, el historial de sus víctimas. “Habrán avisado al cuartel”, dice. Moja luego sus manos en la sangre y se mancha la camisa. Arrastra los cuerpos hasta una tapia y los arroja al otro lado. Algunos vecinos han bajado a la calle. Andrés suelta dos tiros al aire. “Váyanse a sus casas –grita–. No queremos su ayuda”.

Se dirige después al coche, abre la puerta y se tumba en el suelo. Vienen dos vehículos del cuartel y bajan más de media docena de guardias. Se acercan con sigilo hasta el cadáver fingido de Andrés y éste, cuando los tiene cerca, los barre de una sola ráfaga. Sin detalles, sin filigranas. “Trae a la niña –le dice a Rosario–. Nunca nos dejarán en paz. Hay que volver al principio”.

Suben al coche los tres y rodean la laguna buscando la mejor orilla. Las espigas del campo de Bello forman olas amarillas con el viento. “Ella no puede venir”, dice Andrés al bajar del coche. “Lo sé”, contesta Rosario. Busca ramas de leña seca entre los matojos y el salitre, y construye con ellas una pequeña balsa. Pone a su hija ahí y la deja que flote en el agua como los restos de un naufragio. Se retira luego para llorar sin que la vean. Andrés la mira, pero no la ve. Deja de verla enseguida y no volverá a verla jamás. Se acerca a la niña, se agacha, empuja la balsa hacia el interior, saca luego la pistola, mete una bala en la recámara y dispara. “Rosario”, murmura, “Rosario, Rosario, Rosario...”. El coche se aleja cinco minutos después por el camino quebrado entre las cebadas, que lo parecen, pero no lo son.

Porque Andrés Hurtado Caparrós acaba de abandonar el cadáver de una niña en un parque de la ciudad, de noche aún, en las aguas oscuras de un estanque.

Sale de la ciudad en dirección al norte. El fondo de las calles, entre las casas, no parece del todo negro ni destacan puntos brillantes como si fueran estrellas. Hay nubes que amenazan tormenta. En el bar de la gasolinera, está su cómplice, Eusebio Hurtado García, cincuentón y gastado, acodado en la barra. Andrés entra y se acerca. “Ya está –le dice–. Ahora sólo queda él”. “Vamos”, contesta Eusebio.

Son las cinco y media de la mañana cuando, cerca ya de la comisaría, encuentran a una anciana apoyada en un bastón entre migas de pan. Detienen el coche y bajan para acercarse. Caminan despacio, Andrés delante, los dos con la cabeza baja. “Os conozco a los dos –dice la anciana–. Pero hace tiempo que no os veía juntos”. “Madre –dice Andrés–. No deberías salir a estas horas”. “Quién es éste –pregunta la anciana al envejecido Eusebio–. Y qué hace con esa pistola”. “Vengo de matar a una niña, madre”, contesta Andrés. Las palomas imaginadas se dan a volar hasta un bosque cercano. “Lo sé –contesta la anciana–. Y no te hubiera parido si lo hubiera sabido entonces”. “Y tú, por qué no lo has impedido”, le dice a su viejo marido. Pero Eusebio Hurtado no tiene intención alguna de contestar, ni puede. El silencio cae a plomo sobre los tres hasta que Andrés lo cruza para besar a su madre en la frente. Luego dice: “Vamos. Tenemos que acabar”.

Salen del coche frente al edificio de la comisaría y Andrés coge por el cuello a su padre y le pone la pistola en la cabeza. “No me aprietes tanto”, le dice él. Llegan a la puerta, la derriban de una patada y entran en el vestíbulo. “Quietos todos”, grita Andrés girando en círculo para no ser sorprendido y fingiendo que su padre es un rehén. Hay cinco guardias esperando el cambio de turno. Cuatro están sentados alrededor de una mesa. Otro está en el archivador de enfrente. “Quién manda aquí”, pregunta Andrés. “Está arriba”, contesta el del archivador. “¿Estás casado?”, le dice Andrés. “No señor”. “Acércate entonces”, le ordena. Se parapeta detrás de él, suelta a su padre, le pega un tiro en la nuca al guardia, lo sujeta con el hombro para evitar su caída y que su cuerpo pare las balas de los demás, y, de cuatro disparos precisos, acaba con sus vidas. “Vete ahora –le dice a su padre–. Y espérame en la gasolinera con el coche”.

Sube las escaleras y entra en el despacho. El oficial lo mira. “Soy el marido de tu mujer”, le dice Andrés al jefe de Rosario antes de pegarle un tiro en la garganta. “Tu hija también está muerta”. Va después al cuarto donde guardan los explosivos incautados a otras bandas y prende fuego a los muebles para que no tarden en estallar. Se retira luego con el arma a la ventana y ve los furgones llegando a la plaza y a los guardias tomando posiciones, y, como tiene menos de treinta segundos para decidir, la abre y salta.

La explosión tiene lugar justo cuando los guardias entran en el edificio. La onda revienta los portales de los patios y pringa el aire de cristales en añicos, de esquirlas y ladrillos y papeles en un nubarrón de polvo y humo, y enseguida las llamas superan la altura de las casas cercanas. Por eso tiene color el cielo esta madrugada y arden en la plaza los motores de algunos coches y vienen gritos de horror de las ventanas con luz, y por eso, aunque lo parezca, no es negro el fondo de la calle, sino marrón y naranja. Alguien, algún desesperado loco, ha tatuado franjas de luz amarilla en la cara gris de la tormenta.

Andrés Hurtado corre, vuela, salta entre los charcos con sus botas de montaña. Arrastra la pierna herida y el brazo partido. Pero corre, brinca, devora. Camina y se tambalea y mira hacia atrás cada cuatro pasos y al doblar una esquina la ve. Pero comprende que no ha sido reconocido y se aparta para dejarla pasar. Se apoya en la pared y, cuando trata de seguir, siente que Rosario regresa en su busca. “Alto”, oye que le grita.

Rosario Narvárez Ruiz ingresó en la policía tres meses antes apadrinada por el hombre con el que se había casado y cuando la hija que tuvieron pudo ser atendida por otra. Rosario Narvárez, que no hace dos meses que patrulla las calles, mantiene ahora a tiro al que había sido el hombre de sus sueños

hasta que tuvo que elegir entre los sueños o ella. “¿Qué has hecho?”, pregunta. “He matado a tu hija y acabo de matar a su padre. Contra ti, no tengo nada”, contesta Andrés. Y Rosario duda. Pero como recuerda los consejos de la academia, cierra los ojos y vacía el cargador. Sólo el último disparo da en el blanco. Andrés está herido.

Andrés Hurtado Caparrós, obrero especialista del metal, entró como peón en el mismo taller en el que trabajó su padre. Andrés Hurtado, que llegó a la ciudad en un mes de diciembre de hace veinticinco años, llegó acompañado de su padre, Eusebio, y de su madre, Rafaela. Llegaron los tres para ingresar a la mujer en el psiquiátrico porque los vientos del monte le habían jaleado las ideas hasta troncharle la cabeza. La madre de Andrés había estado casada antes con un joven con el que engendró una hija a la que llamaron María. A los dos se los mataron los civiles de Franco por rojos y por darse al monte con otros por las masadas. Decían en el pueblo que la chaladura le venía de eso, de no superarlo, decían. Y seguían diciendo, años después, del hijo que tuvo de Eusebio, cuando Andrés se hizo el jefe de una pandilla que robaba gallinas de los corrales para esconderlas en las cuevas, que algo de eso se le había pegado al hijo aquél. Pero no estaba probado que fuera así. Lo que pasó fue que Andrés, que llevaba el monte en la mirada, se encontró con los brazos cruzados las veinticuatro horas del día en una quinta planta de sesenta metros cuadrados de una calle sin luz. Y para colmo, con los años, debió la crisis apretarle los cojones al dueño del taller y le dio por despedir a unos cuantos y, entre los cuantos, estaba su padre. Tuvieron que sacar a la madre del sanatorio y vivieron en una choza a las afueras. Fue por entonces cuando su madre comenzó a vagar por las calles y cuando su padre, Eusebio, se agarró a la botella. Y por entonces, también, cuando Andrés y Rosario se conocieron. Un golpe de suerte hizo que Andrés encontrara trabajo y se pusieron a hacer planes. Hicieron planes para casarse, pero no los cumplieron y, más tarde, para tener un hijo, pero tampoco, y cuando el último apretón en los huevos del dueño se llevó el taller a la ruina, Rosario y Andrés dejaron de hacer planes y se hicieron huérfanos de esperanzas. Todavía resistieron algunos años hasta que Rosario eligió y renegó de soñar. La sangre que los del pueblo decían que llevaba Andrés en las venas, que parece que al final pudo ser así, empezó entonces a surtir efecto y Andrés se hundió en las tripas de la ciudad durante años. Pero un día, esta mañana, harto ya de ser un desaparecido, se acercó a la casa de un colega, le agarró la pistola y salió decidido, de una vez por todas, a pintar algo en la vida y dejarlo bien escrito en la otra cara de la tormenta.

Pero Andrés Hurtado hubiera querido seguir en el pueblo, o regresar a él con Rosario y montar un negocio sencillo. Eso es lo que hubiera querido y no lo que tiene ahora, que la tiene a ella delante, encañonándola con su arma. Eso es lo que piensa Andrés ahora, que la mira y le dice “te hubiera querido tanto” y luego apunta y le dispara cerca del corazón. Rosario se lleva la mano a la herida y cae hacia atrás con lágrimas en los ojos. Andrés se acerca, la ve desde arriba, desde la torre de la iglesia. Mira la huerta en la que corta su madre el alfalfa para los animales del corral, cuando tenía su madre agujeros en las medias por las zarzas, cuando el moño ensortijado con mechones grises sobre la nuca, cuando el orgullo aún en la mirada. Hay golondrinas girando en círculo en la plaza. Hay otras que planean sobre las cabezas de la chiquillería. Las demás están en los nidos colgados de las tejas. Andrés va en la carretilla, entre los mangos de madera, dentro de la cesta de mimbre. Le dice a su madre: “Se nos va a hacer de noche, madre”. Pero la madre calla. La rueda de piedra crisca la grava del camino. Chillan los grillos. La madre le pregunta: “¿Tú cenas todas las noches?”. Y Andrés, como es un niño, no contesta porque no sabe aún que se debe contestar a todo, aunque sea evidente. “Pues los conejos también”, dice la madre. “Nosotros les llevamos la cena”. “Cada cosa, a su tiempo. Nunca lo olvides”. Andrés se arrodilla entonces ante su mujer sin mirarla y le pone la pistola en la mano y el dedo en el gatillo. Luego la mira. “No tardes”, balbucea Rosario tras el disparo, con sangre entre los dientes y dejándose morir en el brazo de su amante en la cintura. Y Andrés, sin pensarlo más, mirándola aún, agarra el arma, se la mete en la boca y se dispara contra las jodidas ideas mismas del cerebro.